

Arresto en Jerusalén

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *“A la noche siguiente, se le presentó el Señor y le dijo: Ten ánimo, Pablo, pues como has testificado de mí en Jerusalén, así es necesario que testifiques también en Roma”* (Hechos 23:11).

Introducción

¿Qué era Pablo, en definitiva? ¿Un agitador? ¿Un revolucionario? ¿Un perturbador? ¿Un enemigo de la ley y el orden? Dondequiera que iba, había discusiones, algunos desacuerdos y disturbios. ¿Pablo era entonces una persona que podía ser calificada como apóstol?

En estos días, en nuestra iglesia, cualquiera que genere alguna clase de agitación ya es mal visto. Intenta hablar algo de lo que Elena de White escribió acerca de la música, y se levantarán ancianos, el pastor, el departamental de la Asociación, y también los músicos, con toda la furia. Prueba de hablar sobre las costumbres mundanas, las modas, etc., en la iglesia, y observarás como se levanta la oposición. O tal vez quieras intentar hablar acerca del *mate* en esta región,¹ y te harás enemigos en la iglesia para siempre. Prueba a hablar contra el fútbol, y te va a costar caro. Experimenta hablar sobre la verdadera santificación del sábado, y pasará lo mismo. Yo mismo tuve que enfrentar el enojo de ciertos pastores porque leí en público algunos párrafos del Espíritu de Profecía acerca de la música. Prueba calificar a personas así como lobos devoradores (que es lo que, de hecho, son), para ver como tiemblan de ira. No estoy haciendo suposiciones, yo mismo he presenciado esto varias veces, y en diferentes lugares. Trato de imaginar cómo actuarán estas personas cuando llegue el zarandeo, y se transformen en los peores enemigos de la iglesia de Jesucristo.

¡Cuán fácil es engañar a ciertas personas! En cierta ocasión, la Misión local hizo el lanzamiento de las actividades para el nuevo año, y el ruido, el bochinche y el sonido en la iglesia eran tan altos que, no pudiendo soportarlo, me retiré del salón. Algunos más también lo hicieron, pero todos los demás se quedaron adentro, gritando cada vez más alto,

¹ Infusión realizada con las hojas de la yerba mate, de algo consumo popular en Argentina, Uruguay, Paraguay y Sur del Brasil. Más allá de algunas propiedades supuestamente beneficiosas, posee efectos estimulantes análogos a otras infusiones debido a la cafeína que contiene y a la dependencia que genera [Nota del Traductor].

con las manos levantadas. Y Elena G. de White advirtió sobre todo eso. Prueba de hablar sobre ello, y verás como aparece la ira por todos lados.

No sucedió únicamente con Pablo, pero él fue un fiel siervo de Dios. Era celoso, decía la verdad, aunque doliera. Y sus enemigos fueron los judíos no convertidos, que eran los enemigos de Jesús; el Sanedrín, que deseaba el favor del poder romano; los judaizantes (judíos convertidos al cristianismo pero que no admitían la supresión de las tradiciones, el ceremonialismo y la circuncisión). Todos ellos eran fanáticos de lo que defendían. Con esa gente no había diálogo, sólo valía el punto de vista de ellos. ¡Y Pablo se atrevió a llamarlos lobos devoradores! Luego analizaremos que era más seguro confiar en los romanos que en estos hermanos judíos. ¿Y hoy? ¿Es muy diferente?

Considero a Pablo un modelo a seguir, pues Dios estaba con Él, no con sus enemigos. Él fue la clase de hombre que hoy estamos necesitando, o no saldremos de nuestro estado de laodiceanos.

Encuentro con los dirigentes de Jerusalén

Cuando Pablo llegó a Jerusalén, todos se enteraron. Allí tenía muchos amigos, pero también muchos enemigos. Los enemigos eran los fariseos, los saduceos, los sacerdotes y los judaizantes. Éstos acusaban a Pablo de predicar en contra del pueblo de Dios, contra las tradiciones mosaicas, contra el Templo. Y encima estaban los judíos no convertidos y los saduceos y fariseos que no admitían a Jesús como el Mesías. Para ellos, Pablo era un destructor de la fe judía, así como de la reciente iglesia cristiana. Esta polémica entre los judíos cristianos y los judíos no convertidos era muy adecuada para los propósitos de satanáas.

Los amigos de Pablo entonces tuvieron una idea completamente errónea, pero que les pareció buena, y Pablo acordó con ellos. Después de la reprensión que le diera a Pedro, con respecto a su actitud de no mezclarse con los gentiles luego de que en Antioquía aparecieran los judaizantes, Pablo estaba haciendo, prácticamente, lo mismo.

¿Qué planearon? Como la principal acusación contra Pablo se basaba en la ley mosaica, sobre las ceremonias que, en verdad, ya no tenían valor luego de la muerte de Jesús, le sugirieron que siguiera esas tradiciones sólo para contentar a los judaizantes. Ese fue el error que Pedro había cometido en Antioquía. Nota lo que le aconsejaron:

“Hay entre nosotros cuatro hombres que tienen un voto que cumplir. Tómalos, purifícate con ellos, y paga sus gastos, para que rasuren su cabeza. Y todos entenderán que no hay nada de lo que les informaron acerca de ti; sino que tú también guardas la Ley” (Hechos 21:22-24; cf. Números 6:10, 11). Pablo entraría con esos cuatro hombres, y cumpliría el rito durante los siete días, para así purificarse. Este era uno de los ritos de la ley de Moisés, respecto del voto del nazareato. Y lo que Pablo tanto había predicado que ya no debía seguirse, ahora lo estaba practicando.

Hacia el final de los siete días, llegaron a la ciudad unos judaizantes de Asia, y lo vieron. Esta gente odiaba a Pablo, y procuraron esgrimir un argumento o pretexto para condenarlo. Y pensaron que Pablo había introducido en el Templo a Trófimo de Éfeso (Hechos 21:26-30; 24:6), pues habían visto a este gentil convertido en Éfeso, durante el tercer viaje de Pablo. Este hombre había ido junto con Pablo a Jerusalén. De un momento al otro, alborotaron la ciudad. El pueblo parece que se presta a ser engañado, así como

habían alborotado la multitud de los que habían sido beneficiados con los milagros de Jesús, a punto tal de que gritaran “¡Crucifícale!”. No fue entonces tan difícil incitar a una multitud en contra del mayor de los evangelistas. En tales momentos nadie se presta a validar los hechos, alcanza con alguien diga algo, o que lo grite. Pablo fue entonces fue arrastrado y arrestado.

¿Cuál fue el error de Pablo en este caso? Contradijo lo que había predicado en todos los lugares. Había enseñado que ya no era necesario guardar una ley, la de Moisés, la de los sacrificios y ceremonias, ni la circuncisión o el nazareato. Y ahora él mismo estaba siguiendo, haciendo una purificación ritual que ya no se requería. En ese tiempo la discusión fue sobre una ley que ya no era válida; en nuestros días, la polémica es sobre una Ley que no dejó de ser válida, sino al contrario.

Disturbios en el templo

El prejuicio, la ira y la suposición fueron los tres ingredientes que se mezclaron en la mente de sus enemigos en contra de Pablo. Los judíos no convertidos y los judíos fariseos convertidos pensaron todo mal contra Pablo. Tenían la certeza, infundada, de que Pablo estaba empeñado en desvalorar el templo, las tradiciones judías, los ritos de Moisés y hasta el pueblo santo. Afirmaron que Pablo hablaba en contra de Moisés y las ceremonias, cuando el apóstol en realidad había dicho que esto podía ser practicado, pero que no salvaba. La salvación es por la gracia de Cristo. Pablo, para ellos, era un blasfemo. Con todos estos ingredientes, cualquier acto mal comprendido, inventado o supuesto, serviría para desencadenar un disturbio fuera de control, como fue lo que terminó sucediendo en Jerusalén, contra Pablo. Satanás se entromete en estas cosas, poniendo su toque fatal, y arruina todo.

Muchos en Jerusalén no habían asimilado nunca las decisiones del Concilio de Jerusalén. Allí había fanatismo. Pablo, a su vez, era de mecha corta, y defendía la verdad a cualquier precio. Pero poseía una capacidad de persuasión y convencimiento superior a la de todos. Pero los judaizantes nunca se daban por vencidos y, perdiendo en el debate, recurrieron a la violencia. Santiago, medio hermano de Jesús (Gálatas 1:9) era una persona que procuraba evitar la polémica, y no quería que se llegara a un cisma en la iglesia en Jerusalén. Entonces elaboraron un plan para apaciguar los ánimos que se habían encendido en contra de Pablo. Valiéndose del mismo principio que Pablo seguía, de hacerse judío para los judíos, y gentil para los gentiles, para ganar uno más para Cristo, en esta ocasión Pablo se haría judío fariseo, con el voto de otros cuatro hombres, purificándose durante siete días.

Santiago y los ancianos le pidieron a Pablo que participara con cuatro hombres de los ritos de purificación relacionados al voto del nazareato, y que pagara los gastos para que se raparan la cabeza. Su razonamiento era que Pablo debía hacer esto para desmentir los rumores y mostrar que continuaba viviendo en obediencia a la ley, y que no estaba diciendo que no se debían practicar esos rituales. No afectaría a los gentiles, pues ellos mismos, las ancianos de la iglesia de Jerusalén, ya habían determinado que a los gentiles no se les podía obligar a someterse a la ley de Moisés.

En otras palabras, así como los gentiles no necesitaban obedecer la ley de Moisés para santidad de vida, tampoco los judíos tenían que abandonar los rituales de su ley al convertirse a Cristo (aunque implícitamente no confiaran en ellos para su salvación).

Mientras Pablo estaba siguiendo el rito, al séptimo día, llegaron aquellos judíos de Asia, destilando amargura en contra de Pablo. Lo encontraron en el Templo. Y como vieron a Trófimo junto a Pablo, supusieron que había cometido la blasfemia de introducirlo dentro del templo. La gente mala siempre inventa algo para acusar y condenar. Lo hicieron con Jesús, y lo harán siempre con sus seguidores. Los planes de Santiago, apoyados por los ancianos, terminaron en desastre, aun cuando no había nada de malo en los actos de Pablo, quien se dio cuenta demasiado tarde del error.

El voto del nazareato servía como un tiempo separado y dedicado especialmente a Dios, y a las cosas de Dios. Durante ese período, el nazareo probablemente le dedicaría más tiempo a la comunión con Dios. Al hacer esto junto a otros cuatro hombres, Pablo estaría demostrando que no estaba en contra de Moisés y la ley ceremonial. Todo el rito tenía un costo, como el rapado de los cabellos, y Santiago sugirió que Pablo los pagara, para dejar bien en claro su postura. Los cuatro hombres eran pobres, y pagar por el otro siempre era una demostración de piedad. Hasta el rey Herodes Agripa pagaba el nazareato de los pobres, para obtener popularidad, algo propio de los políticos. El período mínimo para un voto de esos era de treinta días. Sansón, por ejemplo, debía ser nazareo durante toda su vida.

Aquellos judaizantes (quienes defendían la necesidad de seguir los rituales antiguos para la salvación) y los legalistas (los que le atribuyen a la ley poderes que la ley no tiene) generaron un disturbio enorme. Gritando histéricamente como si hubiera sucedido sobre todos el juicio divino, generaron un disturbio contra Pablo, de tal modo que se prepararon para lincharlo. Pero al lado del templo había una guarnición romana, y el comandante Claudio Lisias, al escuchar la gritería, fue con sus soldados y rescató a Pablo, encarcelándolo en la fortaleza. Lisias pensó que Pablo había hecho algo muy grave.

¡Qué horrible! Un comandante pagano, con un ejército de un imperio pagano, poniéndose a interponerse para librar de la muerte a un predicador cristiano de las manos de sus propios compatriotas... En muchos casos el pueblo de Dios actuó peor en contra de sus propios hermanos que los así llamados gentiles, paganos o extranjeros. Así fue a lo largo de la historia de los israelitas, los judíos y el cristianismo, desde la salida de Egipto, y hasta el final.

Hay algo muy grave en lo que debiéramos reflexionar. ¿Recuerdas algún momento en la historia del pueblo de Dios cuando la mayoría estaba en lo correcto? Difícil. Si estás con la mayoría, ¡cuidado!, puedes estar equivocado. También hay que tener otra precaución: a veces hay más de una minoría, y sólo una puede estar en lo correcto, o en algunos casos, ninguna. El “escrito está” o el “así dice el Señor” resuelven todas las dudas. En este caso, una vez más, la multitud fue manipulada por algunos fanáticos, y se perdió el control sobre la racionalidad. Entonces, todos estaban equivocados, todos se volvieron fanáticos. Tal situación se repetirá en los últimos días: una mayoría convertida al mundo persiguiendo a una minoría llena del Espíritu Santo.

Ante la multitud

Una multitud no es racional. Una persona fácilmente puede dominar a una multitud a través de la palabra. Es algo que la gente de los sindicatos y los políticos saben hacer con mucha habilidad. Y muchos líderes religiosos también. Dios está radicalmente en contra de tales prácticas, aun cuando sean fáciles de hacer. A esto se lo llama manipulación.

Hace bastante tiempo, en un estadio de fútbol en Méjico, a alguien se le ocurrió gritar “¡Fuego!”. La gente comenzó a correr; unos, en una dirección; otros, en dirección contraria. Hubo muertes. Y nadie supo dónde estaba el fuego, porque no lo había. Las multitudes no actúan racionalmente, sino de manera errática, siguen fácilmente a aquél con el que más se identifican. Si una multitud tiene enojo contra alguien, aun cuando esa persona sea correcta y tenga la razón, la multitud no lo escuchará. Eso fue lo que ocurrió con Pablo: él estaba en lo correcto, y los judaizantes estaban equivocados, pero la multitud se identificó con los judaizantes, generándose cada vez mayor ira contra Pablo. Lo mismo ocurrió con Jesús, quien en su vida jamás hizo algo malo, pero la multitud se identificó con los sacerdotes, y no con el hombre honesto, correcto, hijo de Dios y Salvador. Y se identificó con Barrabás, una mala persona. Y —a diferencia de Pablo— en caso de estar ante una multitud irracional, lo mejor es actuar como Jesús: quedarse tranquilo. Y eso que Jesús había sanado, dado pan y buenos consejos a esa multitud que ahora gritaba “¡Crucifícale!”.

Pablo solicitó autorización para hablarle a la multitud. Y el comandante se lo concedió. Pablo contó su historia, pero dijo algo que no debió haber dicho en ese momento: que él era el apóstol enviado por Cristo a predicar a los gentiles. Esa era una de las acusaciones en contra de Pablo, que estaba convirtiendo a gentiles de cualquier modo, incluso sin que fueran circuncidados. La multitud entonces gritó aún más fuerte, pidiendo su muerte, a una sola voz, además de revolear al aire sus vestidos, en medio de una gran polvareda. Imagina lo pavoroso de esa escena.

Creo que Pablo, al decir lo que dijo, se hizo objeto de más odio. Por lo tanto, perdió la gran oportunidad de quedarse callado. Sincero y lleno de misericordia para con ellos, quiso tal vez lograr que alguien más se convirtiera, pero en un ámbito así, era improbable que ocurriera. De cualquier modo, estoy con Pablo, él me sirve de ejemplo. Si vas a hablar, di la verdad, sin miedo, aun cuando eso resulte en tu condenación. Prefiero ser condenado por decir la verdad, que disimular, o acobardarme.

El comandante seguramente no entendía nada. Pero tenía que tomar decisiones con respecto a Pablo. Y para eso debía entender lo que estaba pasando. En esos tiempos, e incluso en nuestros días en un pasado reciente, los interrogatorios se hacían bajo azotes, para que la persona confesara. En la Edad Media, la Iglesia Romana se valía de azotes y torturas con ese fin, especialmente para que las personas se retractaran de su fe en la Biblia. Entonces, el comandante ordenó que Pablo fuera conducido para ser azotado. Y el apóstol preguntó si le estaba permitido azotar a un ciudadano romano sin haberlo juzgado primero. Claudio Lisias, advertido de esto, temió, porque él mismo podía ser condenado por las leyes romanas. Los soldados, al descubrir que Pablo era ciudadano romano, se fueron cada uno por su lado, temerosos de ser acusados por Pablo. El comandante incluso se preocupó ante el hecho de haber atado a Pablo, quien era ciudadano romano legítimo, y por nacimiento, cuando el comandante había adquirido la ciudadanía pagando un alto precio. En este caso, Pablo estaba en una situación superior a la del comandante.

“Es importante recordar que, en los tiempos de Pablo, no todos eran iguales ante las leyes romanas. Unos eran esclavos y eran tratados como mercancía. Otros eran meros extranjeros, aun cuando provinieran de lugares dentro de la circunscripción romana, pagando sus pesados impuestos. Y había quienes, por nacimiento o por haberlo adquirido mediante algún pago, eran ciudadanos romanos y que, por ello, tenían algunos derechos en esa sociedad. Roma gobernaba el mundo en el siglo I y quien tuviera la ciudadanía romana tenía derechos protegidos por las leyes, entre las cuales estaban las de

recibir un juicio justo, en caso de ser acusado de algo. Así, una autoridad jamás podría encarcelar a una persona que fuera ciudadano romano sin que mediara una justa razón. Y mucho menos castigar con azotes, un tratamiento inhumano, como el que había tenido lugar con Pablo y Silas en la ciudad de Filipos. Entonces, Pablo tuvo que ser liberado, y recibir las disculpas de las autoridades locales por lo ocurrido”.²

Ante el Sanedrín

Al comprender el comandante Claudio Lisias cuál era la cuestión involucrada en su detención, la cual nada tenía que ver con la seguridad del imperio, sino con asuntos de la religión judía, entregó el caso al Sanedrín. Hizo lo correcto, pero sin saber que le estaba entregando a Pablo a sus enemigos. Todo el Sanedrín estaba en contra de Pablo, aunque algunos fariseos sentían alguna simpatía por él, pero eran una minoría.

El Sanedrín se reunió. Pablo habló inicialmente, pero ahí nomás recibió una bofetada en la boca. Y aquí vale una reflexión: tengo más recelo de los tribunales religiosos que de los civiles. Los religiosos fanáticos son crueles, malvados, vengativos, y piensan que hacen todo en nombre de Dios, justificándose. Así ocurrió en tiempos del pueblo de Dios, cuando persiguieron a los profetas; en los días de Jesús y los apóstoles; y en la Edad Media. Y será entre nosotros, hacia el final de la última persecución, cuando nuestros propios hermanos nos perseguirán junto a nuestros otros enemigos. Los religiosos fanáticos detestan el derecho a la palabra. Hacen lo posible para torcer el derecho a réplica, y eso es algo que a mí mismo me ocurrió. Y continúan haciendo de cuenta que están sirviendo a Dios.

Pablo no retrocedía ni se acobardaba ante las amenazas. Llamó al sumo sacerdote, que hasta el momento no sabía quién era, de “pared blanqueada”. Cuando percibió que se trataba del sumo sacerdote, se excusó, pero no se niveló hacia abajo pidiendo perdón. No era el caso.

Jesús no actuó de manera diferente. En cierta ocasión llamó a los escribas y fariseos “hipócritas”, “serpientes” “generación de víboras”, “llenos de iniquidad”, “guías ciegos de otros ciegos”, y lo hizo en varias ocasiones (Mateo 23:13-26), y nunca pidió perdón por ello. Aunque no siempre es el caso. Ni Jesús ni Pablo eran adeptos a lo que hoy se denomina “políticamente correcto”, pero que es completamente transigente a los principios, o sea, liberal. Eso es lo que hoy hace de nosotros Laodicea.

A Pablo se le iluminó la mente. Él sabía que el Sanedrín era un cuerpo colegiado dividido, pues los fariseos y los saduceos tenían puntos de vista contradictorios en varias cuestiones doctrinarias importantes. ¿Cómo el órgano superior de una misma institución puede estar dividido? Así, lo que pretenda dirigir será débil, como era el caso de la nación judía. Uno de los puntos de disensión entre esos dos grupos era la resurrección: los saduceos no creían en ella; y sí los fariseos.

Pablo declaró que en realidad estaba siendo juzgado por causa de la resurrección de los muertos (Hechos 23:6). Dijo esto porque él creía en la resurrección, y porque el Jesús resucitado se había convertido en Salvador, encontrándose con Él en el camino a Damasco. Los saduceos y los fariseos plantearon una situación conflictiva, unos contra otros, porque sostenían creencias diametralmente opuestas con respecto a la resurrección. Pelearon tanto entre sí, que el comandante decidió sacar a Pablo de allí.

² Traducido de <http://doutorrodriголuz.blogspot.com/2010/01/aspectos-interessantes-sobre-o.html>

Pablo era un gran defensor de la resurrección, tanto por ser una verdad, como porque él mismo se había encontrado con el Cristo resucitado. En aquella noche, aprobando lo que Pablo había hablado ante el Sanedrín, le dijo: “Ten ánimo, porque así como has testificado de mí en Jerusalén, así es necesario que testifiques también en Roma” (Hechos 23:11).

Traslado a Cesarea

Alrededor de cuarenta judíos conspiraron en contra de Pablo, para asesinarlo. Tan intenso era su odio contra el apóstol que juraron, bajo anatema, no alimentarse ni beber nada hasta no haberle quitado la vida a Pablo. Eso es odio irracional, algo digno de temer. La expresión “anatema” es una sentencia pronunciada mediante la cual se expulsaba a alguien, considerándolo un hereje, del seno de la sociedad religiosa. Tal expulsión era considerada como una pena más grave de lo que sería la excomunión. Aquellos judíos habían llegado al extremo de la aversión, repulsión u horror contra Pablo. El hombre llamado por Dios, escogido por el dedo de Dios para predicar a los gentiles, fue el blanco de tamaña furia de parte de sus compatriotas. Este es un indicador de cómo será la ira en contra de los predicadores de la verdad, contra los que continuarán sosteniendo la santificación del sábado, en el fin de los tiempos.

Ante esta conspiración, el comandante Claudio Lisias decidió garantizar que nada le ocurriera a su prisionero, siendo que era ciudadano romano. No podía mantener preso a este hombre. Tenía que tener un juicio justo, tal como la ley romana se lo garantizaba a sus ciudadanos. ¿Cómo este comandante podía garantizarle a Pablo su seguridad ante, por ejemplo, el Sanedrín? A no ser que llenara el lugar con soldados romanos lo que, a su vez, generaría más rebelión en los judíos. Entonces Pablo no podía permanecer allí. Si permanecía en la fortaleza, estaría seguro, pero nunca sería juzgado. Pero esto no podía ser, porque la ley requería que el caso de Pablo fuera resuelto debidamente. Entonces Claudio Lisias resolvió enviarlo, con urgencia, a Cesarea, ante el gobernador Marco Antonio Félix. Este hombre no trató a Pablo con el debido respeto, aunque no lo maltrató, pero lo mantuvo en prisión durante largo tiempo. Félix era una mala persona, truculento, y aunque no trató mal a Pablo, quería recibir soborno de parte de él (Hechos 24). Tampoco Félix tenía de qué acusar a Pablo, como para ser juzgado por las leyes romanas: él no suponía ningún peligro para Roma. Una contradicción increíble.

Marco Antonio Félix se había casado con Drusila, nieta de Herodes el Grande, en el 54 d. C. Acusado de corrupción y excesiva severidad, fue removido de su cargo, y sustituido por Porcio Festo.

Resumen y aplicación del estudio

I. Síntesis de los principales puntos de la lección

1. **Tema transversal** (Enfoque principal, estableciendo –siempre que se pueda– un vínculo con los temas diarios).

Uno de los grandes que enfrenta la humanidad es el fanatismo (o extremismo; radicalismo; narcisismo; celo religioso obsesivo; intolerancia; sectarismo partidario; adhesión ciega a un sistema doctrinario o ideología; dedicación excesiva a algo o alguien; pasión irracional). Se cultiva el fanatismo, en la actualidad, en diversos te-

renos, tales como, por ejemplo, en la moda, en la apariencia, en el deporte, en los títulos académicos, etc. Es muy común, por ejemplo, escuchar a predicadores exaltar sus equipos de fútbol favoritos en pleno púlpito, haciendo burla de otros hermanos con otros equipos favoritos. Esta gente cultiva y disemina el fanatismo, que más adelante se manifestarán en otras cuestiones.

Muchos judíos de los tiempos de Jesús y de Pablo, o sea, al comienzo de la iglesia cristiana, eran fanáticos especialmente de la ley mosaica, en sus tradiciones orales y con relación al templo. No toleraban al que fuera diferente, y no lo hicieron con el propio Jesús, el Autor de la Ley y el arquitecto del Templo. Así, el fanatismo se prestó para perseguir a la iglesia de Jesucristo. Pero Dios es superior a todo, y se valió de ese fanatismo para impulsar su obra.

2. **Aplicación contextual y problematización** (aplicaciones posibles hacia temas cristianos actuales, e identificación de problemas que tenemos que enfrentar, así como indicadores para su solución).

La seguridad que Dios les garantiza a sus siervos no significa que no serán perseguidos, maltratados o muertos. En algunas ocasiones Dios libera de eso. Lo que Él garantiza es que sus siervos serán vencedores sobre la muerte y heredarán, con Cristo, la vida eterna.

II. Informe profético vinculado con la Lección.

El papa Francisco modificó el catecismo de la Iglesia Católica, declarando que la pena de muerte es inadmisibles. Esto se da en medio de un clamor mundial en contra de la pena de muerte, algo que la propia Iglesia todavía sostenía en su principal manual de conducta. El catecismo en su artículo 2267 decía lo siguiente: “La enseñanza tradicional de la Iglesia no excluye, supuesta la plena comprobación de la identidad y de la responsabilidad del culpable, el recurso a la pena de muerte, si esta fuera el único camino posible para defender eficazmente del agresor injusto las vidas humanas. Pero si los medios incruentos bastan para proteger y defender del agresor la seguridad de las personas, la autoridad se limitará a esos medios, porque ellos corresponden mejor a las condiciones concretas del bien común y son más conformes con la dignidad de la persona humana. Hoy, en efecto, como consecuencia de las posibilidades que tiene el Estado para reprimir eficazmente el crimen, haciendo inofensivo a aquél que lo ha cometido sin quitarle definitivamente la posibilidad de redimirse, los casos en los que sea absolutamente necesario suprimir al reo “suceden muy [...] rara vez [...], si es que ya en realidad se dan algunos”.

En el nuevo texto se resalta que “la pena de muerte es inadmisibles, porque atenta contra la inviolabilidad y la dignidad de la persona” y se compromete con determinación a su abolición en todo el mundo”.

Esto va justamente en sentido contrario a la profecía que afirma que, en el futuro, habrá una fuerte persecución y que millones serán muertos. ¿Cómo se cumplirá la profecía? Cuando se instale el fanatismo generalizado, la ley le garantizará cualquier derecho. Y así como los Estados Unidos, que garantizan la libertad religiosa en su propia Constitución, renunciarán a esa garantía; del mismo modo el Vaticano podrá fácilmente encontrar razones para retroceder en su decisión, y volver a aprobar la pena de muerte. Hay que recordar que la Iglesia Romana avaló millones de muertes duran-

te la Inquisición, ordenado quemar vivos a los herejes, así como de torturarlos hasta la muerte a través de los “autos de la fe”. Eso integra su currículo.³

En China, por iniciativa de su presidente y del partido comunista, se volvió a perseguir a los cristianos. Se destruyen las iglesias, y se arresta a líderes religiosos.⁴

III. Comentario de Elena G. de White

“Pablo estaba inclinado a quedarse en Jerusalén, donde podría arrostrar la oposición. Le parecía un acto cobarde la huida, si quedándose podía convencer a algunos de los obstinados judíos de la verdad del mensaje evangélico, aunque el quedarse le costara la vida. Así que respondió: ‘Señor, ellos saben que yo encerraba en cárcel, y hería por las sinagogas a los que creían en ti; y cuando se derramaba la sangre de Esteban tu testigo, yo también estaba presente, y consentía a su muerte y guardaba las ropas de los que lo mataban’. Pero no estaba de acuerdo con los designios de Dios que su siervo expusiera inútilmente su vida; y el mensajero celestial replicó: ‘Ve, porque yo te tengo que enviar lejos a los gentiles’ (versículos 19-21”.

“Al enterarse de esta visión, los hermanos se apresuraron a facilitar a Pablo la fuga, en secreto, de Jerusalén, por temor de que lo asesinaran, y ‘le acompañaron hasta Cesarea, y le enviaron a Tarso’. La partida de Pablo suspendió por algún tiempo la violenta oposición de los judíos, y la iglesia disfrutó de un período de sosiego, durante el cual se multiplicó el número de creyentes” [*Los hechos de los apóstoles*, p. 106].

IV. Conclusión

“Lo cual como oímos —continuó Lucas—, le rogamos nosotros y los de aquel lugar, que no subiese a Jerusalén’. Pero Pablo no quiso apartarse de la senda del deber. Seguiría a Cristo si fuera necesario a la prisión y a la muerte. ‘¿Qué hacéis llorando y afligiéndome el corazón? —exclamó— porque yo no sólo estoy presto a ser atado, más aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús’. Viendo que le producían dolor sin que cambiara de propósito, los hermanos dejaron de importunarle, diciendo solamente: ‘Hágase la voluntad del Señor’.

“Pronto llegó el fin de la breve estada en Cesarea, y acompañado por algunos de los hermanos, Pablo y sus acompañantes partieron para Jerusalén, con los corazones oprimidos por el presentimiento de una desgracia inminente.

“Nunca antes se había acercado el apóstol a Jerusalén con tan entristecido corazón. Sabía que iba a encontrar pocos amigos y muchos enemigos. Se acercaba a la ciudad que había rechazado y matado al Hijo de Dios y sobre la cual pendían los juicios de la ira divina. Recordando cuán acerbo había sido su propio prejuicio contra los seguidores de Cristo, sentía la más profunda compasión por sus engañados compatriotas. Y sin embargo, ¡cuán poco podía esperar que fuera capaz de ayudarles! La misma ciega cólera que un tiempo inflamara su propio corazón, encendía ahora con indecible intensidad el corazón de todo un pueblo contra él.

³ <https://www.aciprensa.com/noticias/asi-cambio-el-catecismo-sobre-la-pena-de-muerte-a-pedido-del-papa-francisco-69594>

⁴ <https://www.infobae.com/america/mundo/2018/01/11/el-gobierno-chino-demolio-una-enorme-iglesia-cristiana-de-una-comunidad-evangelica-con-50-mil-miembros/>

“No podía contar siquiera con el apoyo y la simpatía de los hermanos en la fe. Los judíos inconversos que le habían seguido muy de cerca el rastro, no habían sido lentos en hacer circular, acerca de él y su trabajo, los más desfavorables informes en Jerusalén, tanto personalmente como por carta; y algunos, aun de los apóstoles y ancianos, habían recibido esos informes como verdad, sin hacer esfuerzo alguno por contradecirlos, ni manifestar deseo de concordar con él.

“Sin embargo, en medio de sus desalientos, el apóstol no estaba desesperado. Confía en que la Voz que había hablado a su corazón, hablaría al de sus compatriotas y que el Señor a quien los demás discípulos amaban y servían uniría sus corazones al suyo en la obra del Evangelio” [Los hechos de los apóstoles, pp. 318, 319].

La Biblia orienta que debemos advertir a las personas acerca de su situación pecaminosa. Si se convierten, se salvarán; si no se convierten, se perderán. Pero, si no les advertimos, esas personas se perderán, y quien no les advirtió, también. No tenemos información –por lo que se sabe– de si alguno de esos enemigos de Pablo haya cambiado de actitud. Pero él hizo su parte.



Prof. Siberto R. Marks

Traducción:
Rolando Chuquimia

RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©
recursos.esuelasabatika@gmail.com